

to, será siempre «suficiente» para una criatura determinada en una coyuntura precisa.

Como conclusión creo que es importante, por tanto, no solo someter a revisión la corriente del tomismo que puede resultar menos «ortodoxa» a los ojos de la tradición de la escuela, sino también incluso esa propia tradición. Estoy seguro de que Garrigou-Lagrange sería el primero que abrazaría calurosamente todos los esfuerzos que logremos enderezar para ser lo más fieles que podamos al genuino pensamiento del Aquinate. Por lo demás, recomendamos el libro de O'Neill como una buena introducción al debate en torno a estos problemas que se ha desarrollado durante el siglo XX, pero aún vigente en la actualidad. Además, como hemos visto, no solo tiene gran valor expositivo sino que nos introduce directamente en la reflexión sistemática.

David TORRIJOS

Rod DREHER, *La opción benedictina. Una estrategia para los cristianos en una sociedad postcristiana*, Madrid: Encuentro, 2018, 306 pp., 15,5 x 22, ISBN 978-84-9055-946-8.

Inspirado en algunas de las posturas teóricas de MacIntyre, el autor de este provocativo libro, Rod Dreher, pretende ofrecer una alternativa a lo que describe en los dos primeros capítulos como el triunfo de la modernidad sobre el cristianismo en Occidente. Como hiciera San Benito en el colapso de la civilización romana, deberán también los cristianos construir comunidades de vida que permitan no solo conservar la fe sino irradiarla a su alrededor. Es lo que el autor denomina la «opción benedictina», una «estrategia de retirada defensiva» que ofrezca «una forma realmente contracultural de vivir el cristianismo».

Rod Dreher escribe en un contexto y desde una perspectiva norteamericana, pero sus diagnósticos y propuestas pueden ser perfectamente válidos para los cristianos europeos y, en general, occidentales.

El libro tiene dos partes claramente diferenciadas, como explica el autor en el prólogo. En la primera explora las raíces de la fragmentación y pérdida de sentido que caracterizan la sociedad contemporánea, así como el modo en que la regla que San Benito escribió en el siglo VI puede contribuir a preser-

var la cultura y vida cristianas frente a un mundo contemporáneo en decadencia. En la segunda parte aborda algunos modos concretos, a partir de ejemplos reales, en que los cristianos actuales pueden servirse de las propuestas de San Benito para conservar la fe, así como la actitud enérgica que deben adoptar ante lo que denomina los dos fenómenos que con mayor fuerza están destruyendo los cimientos de la Iglesia: el sexo y la tecnología.

Citando a Ratzinger, el autor afirma que la crisis espiritual que atraviesa Occidente es la más seria desde la caída del Imperio Romano. Esta crisis se manifiesta en el desmantelamiento de la familia, la desaparición de los valores morales y la fragmentación de las comunidades, comenzando por las cristianas. En el plano socio-político esto se concreta, para Dreher, en la pérdida de las principales batallas culturales y en el éxito de las ideas y prácticas de la Revolución Sexual de los años sesenta. En el plano religioso, ha triunfado, especialmente entre los adolescentes, lo que se ha denominado «deísmo moralista terapéutico», un conjunto vago de proposiciones sobre la bondad de Dios y de los hombres que poco tiene que ver con el cristianismo tradicional. Especialmente en este capítulo, la propuesta de Dreher parece ceder a un cierto pesimismo sobre el futuro, que se traduce en un alegato para abandonar «Babilonia» y preservar la fe de las generaciones venideras en unas comunidades de fieles sólidamente asentadas. Habla en este sentido de «abrazar el “exilio” interior» y desarrollar una «animosa contracultura». A pesar de todo, el autor no pretende sacar a los cristianos del mundo que, por mandato de Cristo, tienen que santificar, sino más bien propone construir sólidas comunidades de fe donde los cristianos puedan retirarse a orar, protegidos de los embates de una sociedad que desde tantos puntos de vista les es hostil.

Puesto que no se trata de una obra académica sino de un escrito de alta divulgación, no extraña que quizá el capítulo más flojo sea el que dedica a las raíces históricas de la crisis cultural contemporánea. Remontándose al nominalismo medieval y pasando por la reforma protestante, la Ilustración, y la revolución industrial con el auge del capitalismo, el autor llega a la Revolución Sexual cuyos efectos devastadores padecemos todavía hoy. El tema es lo suficientemente amplio como para que pueda ser despachado en pocas páginas y la historia lo suficientemente compleja como para encajarla en este molde histórico lineal en que el autor, siguiendo una consolidada tradición, la ha encajado.

En los siguientes capítulos, Dreher explica los pilares de la regla benedictina, una regla de vida basada en la oración, el trabajo, el ascetismo, la es-

tabilidad, la comunidad, la hospitalidad y el equilibrio que permite armonizar las diferentes exigencias diarias, y su proyección, con ejemplos de vida que pueden iluminar modos concretos de actuar, en diferentes ámbitos de la vida moderna donde el secularismo y las fuerzas anticristianas se manifiestan con especial virulencia: la política, la vida de la propia Iglesia, la familia y las comunidades donde estas viven, la educación y el mundo del trabajo.

Especialmente apremiante resulta la llamada que hace Dreher a renovar el ámbito de la educación de los jóvenes. No se trata solo de sacar a los hijos de los colegios de educación pública donde se enseñan doctrinas opuestas a los valores cristianos. Tampoco es recomendable confiar demasiado en la educación de los colegios cristianos. Lo que el autor propone es la fundación de lo que denomina «escuelas cristianas clásicas» que asumen la alianza entre la cosmovisión greco-latina y la tradición cristiana. Se trata de una enseñanza basada en los programas de estudio de los grandes libros de la tradición occidental, partiendo de la estructura medieval del *trivium*, con la gramática, la lógica y la retórica. A la vez, se trata de escuelas que asumen como misión la adquisición de una devoción sincera a Cristo. El autor es consciente de que no todos los padres están en condiciones de enviar a sus hijos a este tipo de escuelas, pero existen cada vez más recursos para impartir esta enseñanza en casa o en régimen de escolarización parcial. En este contexto, la escuela, la Iglesia y la familia actúan de una manera armónica. También en el mundo universitario, donde la fe es a menudo puesta a prueba, pueden los jóvenes cristianos formar parte de centros confesionales, como los *Center for Christian Study* o los centros Newman, que hay en muchas universidades.

Asimismo, resulta interesante su propuesta de una política «apolítica» de la que hablaba Václav Havel, basada en la experiencia de los resistentes checos al comunismo. Las vías tradicionales parecen agotadas, por lo que cabe únicamente revivir prácticas e instituciones comunes que reviertan el proceso de fragmentación y aislamiento de la vida contemporánea. No se trata de nuevo de apartarse del mundo, sino más bien todo lo contrario. De crear comunidades contraculturales basadas en la verdad, convencidos de que la política convencional, empeñada simplemente en ampliar las posibilidades de elección, no pueden dar ya solución a los problemas de la cultura y de la sociedad. Para ello hay que convencerse de que la política no es la solución para los problemas religiosos y culturales que padecen las sociedades occidentales; que hacen falta nuevos modos de acción contraculturales más directos y efectivos sin renunciar por ello a participar en la política nacional.

Termina el libro con el análisis de dos cuestiones que, desde su punto de vista, amenazan los cimientos de nuestras Iglesias y, en general, de toda la civilización occidental: las transformaciones operadas en la comprensión de la sexualidad propiciadas por la Revolución Sexual y la incidencia de la tecnología en la experimentación con la vida humana, así como en su capacidad de transformar a través de internet, los *smartphones* y otros dispositivos semejantes, el modo de pensar y contemplar la realidad. La difusión de la pornografía entre los jóvenes es solo una muestra del efecto pernicioso que la tecnología puede tener sobre nuestras vidas y las de nuestros hijos.

A pesar del carácter algo apocalíptico del libro, la propuesta de Dreher no va en la línea de enviar de nuevo a los cristianos a las catacumbas para evitar que la suciedad de un mundo podrido contamine sus vidas. Apunta más bien a la necesidad de tomar conciencia de lo delicado de la situación actual para la existencia de una auténtica vida cristiana. Y, junto a ello, a la puesta en práctica de medios concretos que permitan una transmisión fiel de la fe a las generaciones futuras. En cualquier caso, llama la atención que con el desarrollo de la moderna teología del laicado, Dreher tenga que acudir a una regla de vida propia de los religiosos del siglo VI, como es la de San Benito, como plantilla desde la cual articular modos de vida cristianos dirigidos a laicos que viven en un mundo que, como ha recordado el Concilio Vaticano II, deben santificar y transformar. En este sentido también se echa en falta una mayor atención por parte del autor a la capacidad siempre nueva del Espíritu Santo de renovar su Iglesia en las más variadas circunstancias de la historia. Con todo es un libro bien escrito, sugerente y a la vez provocativo cuya lectura no deja indiferente y mueve a repensar una vez más la misión del cristiano en un mundo occidental desencantando que parece alejarse progresivamente de Dios.

Rafael D. GARCÍA PÉREZ

RESEÑAS

